

Pequeñas prohibiciones, grandes paradojas

Luis Menchén

Hace escasos días la presidenta del Observatorio contra la Violencia de Género del Consejo General del Poder Judicial ha defendido la eliminación del piropo por invadir la intimidad de la mujer, siguiendo la línea de una reciente normativa belga y la de algunos países sudamericanos que lo denominan acoso sexual callejero. Citaba como referencia que las mujeres en El Cairo debían ir con auriculares o tapones para no escuchar los piropos.

Hemos escuchado también estos días las primeras grabaciones de cánticos que hay que erradicar de los campos de fútbol como medida fundamental para que en las inmediaciones unos salvajes no maten a otros.

Me gustaría que pensarán serenamente en este tipo de pequeñas prohibiciones que van surgiendo en nuestro entorno, en su bondad, sus efectos y la transformación paulatina que suponen para la sociedad, pues, a veces, bienintencionadas ideas traen consigo resultados paradójicos.

Debo decirles que cuando comenzó esta tendencia me recordó enormemente a aquella época en que se afirmaba que era necesario prohibir que los niños jugaran con soldaditos o pistolas de juguete pues esto despertaba su violencia, estupidez de un tamaño similar a decir que les servía para orientar y relajar su agresividad latente, o pretender deducir que un niño tiene rasgos patológicos porque orine encima de un hormiguero y vea cómo se las apañan los insectos para intentar escapar del tsunami.

Creo que estamos incurriendo en dos grandes errores. El primero, confundir lo que en la mayoría de los casos no pasa de anecdótico con los problemas reales de base. El segundo, judicializar la vida por ser más modernos y brillantes o simplemente poderosos, en vez de usar recursos ya existentes cuando sean necesarios y hacer que la justicia sea rápida y realmente un instrumento eficiente que sirva para disminuir tensiones entre los ciudadanos y no para agravarlas a cambio de recaudar multas o ponerse medallas carentes de sentido.

El nudo gordiano de estos casos tiene dos extremos de los que se puede tirar para deshacerlo, uno es simplemente no generalizar tendiendo al dramatismo sino saber diferenciar, escuchando realmente al conjunto de individuos y no a algunos voceros, y el otro, fundamental, el educar en el verdadero respeto hacia los demás y no en imposturas que no son más que tópicos con el sonido adecuado para repetir en las redes sociales, pero sin fundamento verdadero.

Desde luego, me parece paradójico poner de ejemplo de problema de una mujer de El Cairo los piropos callejeros, y no hablar de las consecuencias del machismo cultural o religioso, olvidando reclamar por la ausencia de recursos básicos que permitan al ser humano, mujer o no, desarrollarse lo más libremente que las circunstancias del destino le permitan.

Me crea una enorme inquietud el hecho de que poco a poco con pequeñas prohibiciones añadidas, con legislaciones que cubren aspectos que se pueden solucionar de otras formas, la libertad individual se vaya recortando y que el Estado asuma en nombre de la seguridad, el bienestar o las grandes ideas, parcelas de control sobre lo que podemos hacer e incluso pensar. Les hablé no hace mucho en un artículo de la novela *1984*. Estas noticias reafirman su actualidad.

Quiero creer que todavía somos capaces de diferenciar un comentario bonito de una grosería, un halago bienintencionado de un acoso e, incluso, un desahogo necesario en un campo de fútbol u otro espectáculo, de una apología de la violencia; y si seré utópico que pienso que estamos a tiempo de disfrutar de unos y cortar los otros sin tener que recurrir a multas y esperas judiciales.

"Piropo. Dicho breve con que se pondera alguna cualidad de alguien, especialmente la belleza de una mujer."

Serendipias de la ciencia

José Manuel Ruiz Gutiérrez

¿Quién no tuvo una feliz idea cuando intentaba resolver algo? En la vida se presentan numerosas ocasiones en las que, después de estar mucho tiempo intentando resolver un problema de la índole que sea, de repente, sin saber por qué, nos surge una idea que nos permite la solución. A esto se le puede llamar idea feliz, casualidad, inspiración, coincidencia, eventualidad, accidente, azar o también serendipia.

Una serendipia es un descubrimiento o un hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta. También puede referirse a la habilidad de un sujeto para reconocer que ha hecho un descubrimiento importante aunque no tenga relación con lo que busca.

El término serendipia deriva del inglés serendipity, neologismo acuñado por Horace Walpole en 1754 a partir de un cuento tradicional persa llamado *Los tres príncipes de Serendip*, en el que los protagonistas, unos príncipes de la isla Serendip, antiguo nombre persa de la isla de Ceilán, la actual Sri Lanka, solucionaban sus problemas a través de increíbles casualidades (Wikipedia).

En nuestra lengua utilizamos la palabra chiripa que, según la Real Academia de la Lengua Española, hace referencia, entre otras acepciones, al juego de billar: *en el juego de billar, suerte favorable que se gana por casualidad*. Esta palabra, mucho más utilizada en lenguaje coloquial, podría considerarse un sinónimo de serendipia, si bien se tiene como un modismo de uso no general en el mundo hispanoparlante, se usa con una connotación más bien festiva y se refiere comúnmente a casualidades fortuitas en la vida cotidiana, incluso a hechos intrascendentes. No debemos confundir, no obstante, la serendipia con la pseudoserendipia.

El término pseudoserendipia fue acuñado por Royston M. Roberts en 1986 para "designar descubrimientos accidentales que logren culminar un camino de búsqueda, en contraste con el significado de la verdadera serendipia, la cual describe descubrimientos accidentales de cosas no buscadas". Un caso típico de pseudoserendipia es el de Arquímedes, que andaba buscando la manera de medir el volumen de la corona del rey Hierón, es decir el volumen de un sólido irregular, y lo encontró luego de observar que al introducirse en la bañera salía un volumen de agua idéntico al ocupado por su cuerpo.

En la historia de la ciencia son frecuentes las serendipias. Por ejemplo, Albert Einstein reconoce esta cualidad en algunos de sus hallazgos. También existen casos de serendipias en obras literarias, cuando un autor escribe sobre algo que ha imaginado y que no se conoce en su época, y se demuestra posteriormente que eso existe tal como lo definió el escritor, con los mismos detalles. No se debe confundir con la anticipación o la ciencia-ficción, donde se adelantan inventos mucho más genéricos que casi todo el mundo cree que probablemente existirán algún día.

¿Se imaginan a Calvin, premio Nobel de

Química en 1961 sentado en su coche esperando a que su mujer terminara de hacer unos encargos, cuando le vino la inspiración para explicar la fotosíntesis de las plantas? ¿O a August Kekulé, que soñó con átomos y moléculas que formaban cadenas serpenteantes que se retorcián, y una de ellas se convirtió en una serpiente que se mordió la cola, formando un círculo y girando con gran rapidez sobre sí misma, lo cual dio origen a la explicación de la molécula del benceno?

También en la literatura son bien conocidas. Por ejemplo, Stevenson el creador del personaje del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, tuvo un sueño que fue el que le sugirió las ideas para la creación de este personaje. Fruto de estos descubrimientos accidentales también han sido las patatas fritas, los rayos X, la penicilina, los microondas o la viagra.

Isaac Newton decidió en 1665 abandonar Londres, azotada por la peste, y marcharse a otro lugar a su corta edad. La leyenda nos cuenta que él no estaba haciendo nada y de repente una manzana le golpeó la cabeza. Otros cuentan que fue una noche haciendo cálculos a la luz de la luna bajo un árbol, cuando mirando hacia arriba vio caer una manzana desde la copa. En ese momento se preguntó por qué caía una manzana y no la luna. Cuatro años después, él mismo descubrió la ley de la gravedad.

El químico alemán Henning Brand en el siglo XVII buscaba cómo mezclar diversos elementos para conseguir así oro, una obsesión de mucha otra gente a lo largo de la historia. Por supuesto, este propósito no lo logró, pero un día en 1669 obtuvo una sustancia blanca y luminosa, que al entrar en contacto con el aire esta se encendía. Había descubierto el fósforo por casualidad.

El científico escocés Alexander Fleming investigaba la gripe en 1928 cuando se dio cuenta de que un moho azul-verdoso había infectado una de sus placas Petri, y había matado a la bacteria *staphylococcus* que cultivaba en él. Todos recibieron con clamor su descuido en el laboratorio.

Alexander Graham Bell era un profesor de sordos entre otras cosas. Se enamoró de una de sus alumnas y más tarde se casaron. Él, que era un hombre muy inteligente, quería que su esposa le escuchase decir *te quiero*. Así que intentó construir un aparato que pudiese amplificar su voz. Creó un circuito con dos terminales, y por este le habló a su ayudante Watson, que no estaba junto a él. Éste acudió sin saber qué había contestado a la primera llamada telefónica de la historia. Bell había descubierto lo que hoy conocemos como teléfono queriendo tener un amplificador de sus palabras amorosas.

El alemán Wilhelm Roentgen hacía experimentos con los rayos catódicos. Lo que buscaba era lograr que ciertas materias se volvieran fluorescentes. En 1895 una de esas pruebas había ido más lejos de lo que esperaba. Ni siquiera sabía lo que había descubierto, así que los llamó rayos X, y aún los conocemos así. Los llamó así admitiendo su ignorancia en el fenómeno.